

COMUNICADO FINAL

Sevilla vuelve a acogernos, esta ciudad que está hecha de memoria, de poesía y de fe. Y al pensar en ella, también lo hago en la tierra andaluza que me vio nacer. Esa misma que, hace unas semanas, ante la tragedia de Adamuz que golpeó a tantas familias, volvió a recordarnos el rostro más importante de todos.

Una mujer que había perdido a un familiar dijo, en la misa que se celebró días después, algo que me conmovió: “el único funeral que cabía, bajo la única presencia que ahora reclamamos, es la de Dios”.

Confieso que, al escuchar esas palabras, pensé que quizá ahí hay algo muy propio de esta tierra: reconocer, incluso en medio de la herida, que hay una Presencia que sostiene la vida. Y, de algún modo, eso mismo es lo que hemos intentado vivir aquí estos días en EncuentroSevilla: mirar la realidad hasta el fondo para descubrir que el corazón humano no está hecho para quedarse en la oscuridad, sino para abrirse a esa Presencia que lo despierta.

Sin embargo, cuando todo comenzó a rodar apenas unas semanas, me preguntaba: ¿y si existiera un lugar donde el corazón pudiera volver a mirar?

Seguido a ello, me hacía otra pregunta: ¿Es EncuentroSevilla ese lugar?

Ahora, al ver este auditorio lleno de rostros concretos, a tantos que habéis llegado desde otras ciudades de España e incluso desde otros países, uno comprende que lo que ha sucedido aquí no es simplemente un evento cultural.

Ha sido algo más humano. Más profundo.

Algo que tiene que ver con un nosotros. Contigo y conmigo.

Porque estos días no los ha vivido solo quien hablaba en el escenario. Los hemos vivido todos.

Repito, todos.

Los que escuchaban, los que organizaban, los que servían, los que venían con preguntas.

No es casual que todo comenzara con el verso de Machado que nos ha acompañado:

«¿Mi corazón se ha dormido? No, ni duerme ni sueña; mira».

Mirar.

Qué palabra tan sencilla y, sin embargo, tan exigente. Mirar no es pasar de largo.

Mirar es detenerse.

Mirar es aceptar que la realidad -la vida, el mundo, el otro- tiene algo que decirnos.

Y estos días hemos intentado justamente eso.

Si recordáis comenzamos contemplando cómo el arte puede convertirse en una pregunta viva en la exposición inspirada en Machado. En ella hemos descubrimos que cada artista, con su obra, nos decía de algún modo que el corazón sigue buscando esa patria íntima, que no es otra que el amor.

Después nos detuvimos a profundizar en el propio lema, en esa vigilia del corazón que no se evade, que no sueña para huir de la realidad, sino que permanece despierto ante ella. Y aquí, me gustaría destacar aquel pasaje doloroso, pero a la vez, lleno de fe y esperanza, que Pancho nos leía. Aquella carta conmovedora de Roberta, ante la pregunta de una amiga que padecía cáncer.

¿Puedo ir a morir a tu casa?

Y, sin embargo, en medio de esa herida, aparecía el “sí”: un sí al Señor, un sí humilde y bondadoso, un sí de amor eterno. Uno de esos sí que despiertan el corazón y lo ponen en vela ante lo verdaderamente importante.

Quizá por eso, al día siguiente, nos encontramos con dos hombres que, aunque separados por siglos, siguen hablando al corazón contemporáneo: San Agustín y San John Henry Newman. En su experiencia comprendimos algo muy actual, que el corazón humano, cuando busca la verdad con sinceridad, siempre termina encontrando un camino.

También nos asomamos a una de las heridas más profundas de nuestro tiempo al preguntarnos si es posible construir la paz en Oriente Medio. Y en medio de la complejidad de la historia y de la política se nos apareció una intuición sencilla y decisiva: la paz comienza siempre en el corazón que aprende a mirar al otro como hermano.

Luego vino la poesía. Y no fue casual.

Porque, como recordaba Jorge Manrique en aquellos versos que atraviesan los siglos, la vida se nos escapa si no sabemos detenernos a contemplarla.

Y en la conversación sobre el trabajo descubrimos algo igualmente decisivo: que incluso en medio de la empresa, de las decisiones y de las responsabilidades, hay momentos en los que una mirada -la mirada de un amigo, de un compañero- puede cambiar el rumbo de una vida.

La música, por la noche, hizo lo que solo el arte sabe hacer: unir corazones. Y por unas horas pudimos experimentar que la belleza no es un lujo, sino una forma de comunión.

Esta mañana hemos comenzado celebrando la Eucaristía, recordando que la fe cristiana no es una teoría ni una emoción pasajera, sino una presencia que sostiene la vida, que sostiene EncuentroSevilla, a través de la sangre y la carne del que nos salva.

Después hemos reflexionado sobre la educación del corazón. Porque todos sabemos que educar no es llenar una mente de ideas, sino despertar una humanidad.

Y finalmente hemos vuelto al poema de Machado para aprender algo que parece sencillo pero que, en realidad, es revolucionario: aprender a mirar lo que sucede en medio del mundo.

Pues bien, heos aquí.

Y vuelvo a la pregunta inicial: ¿Es EncuentroSevilla el lugar donde nuestro corazón ha aprendido a mirar?

Contestaré con una anécdota que me contaba Mónica de la Serna que es muy calificadora de estos días. El viernes, al acabar el acto de presentación del lema, me comentaba sorprendida que varias chicas de Sevilla, que no conocía

de nada, se la acercaron. Ninguna pertenecía al movimiento de Comunión y Liberación. Pero, en cambio, sí pertenecían a lo mas importante: la Iglesia.

Me contó que habían visto en su parroquia un cartel que anunciaba EncuentroSevilla. Vinieron, escucharon el acto y acabar, se acercaron a Mónica con una pregunta limpia y desarmante: “¿De qué va todo esto?”.

Al escuchar a Mónica, pensé que quizá ahí estaba ya latiendo el propio lema de Machado: un corazón que no se conforma con pasar de largo, sino que permanece despierto, preguntando, mirando. Porque lo hermoso de este Encuentro es que no se queda encerrado en un pequeño círculo, sino que abre sus puertas al mundo, como aquel envío sencillo y radical del Evangelio que nos pide ir y anunciar la buena noticia. Que nos pide mirar.

Mirar la realidad sin huir. Mirarla sin
anestesiarla. Mirarla con esperanza.

En el fondo, este ha sido el verdadero hilo que ha unido todo lo que hemos vivido.

Por eso, al final de este EncuentroSevilla, quizá la pregunta más importante no es qué hemos aprendido, sino ¿Qué ha sucedido entre nosotros?

Porque algo ha sucedido cuando un grupo de personas, de amigos, decide encontrarse para mirar juntos la realidad, la cultura, el trabajo, la educación, la fe.

Algo sucede cuando un pueblo -sí, un pueblo- se pone en camino.

Al pensarlo, no puedo evitar imaginar aquella barca del Evangelio, pequeña, frágil, sobre el mar agitado, con los apóstoles a bordo. Yo siento que somos algo así gracias a estos días: un grupo que se embarca, con sus dudas y sus certezas, con sus miedos y sus entusiasmos, intentando mantener la mirada despierta. Como Pedro que se asoma al agua, como Juan que descansa la cabeza sobre el pecho de Jesús. Todos sentimos que cada gesto, cada conversación, cada instante vivido aquí es una ola que nos mueve, que nos hace más humanos y más abiertos.

Porque no estamos solos. Quien guía la barca no es la fuerza de nuestra voluntad, sino la Presencia que nos sostiene, la que nos enseña que mirar juntos, navegar juntos, es posible incluso cuando la vida parece agitarse. Y al

sentir esto, comprendo que lo que hemos vivido aquí no es solo un encuentro: hablo de un acontecimiento que solo es posible cuando uno pone en juego la humanidad que lleva dentro. Un acontecimiento que habla de un pueblo, el cristiano, el de la Iglesia, que trasciende las páginas de la historia y se hace presente, aquí y ahora, en cada uno de nuestros rostros, en cada gesto de atención, en cada mirada despierta.

La belleza de estos días me insinúa a concluir la tercera edición de EncuentroSevilla, sabiendo que la barca avanza, lenta o rápida, pero siempre acompañada, porque hay una Mano que custodia nuestro corazón y nos permite vivir despiertos.

Concluyo citando a nuestro amigo Carras: “Se nos dice que la vida está para darla, pero yo digo que está para devolverla.”

En EncuentroSevilla 2026, hemos sido valedores de ello. Muchas gracias.